NUM. 46. Precio de la suscricion.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 14 DE NOVIEMBRE DE 1869 Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—Cuba, Puerto Rico y Extranjero, un año 7 pesos.—America y Asia, 10 á 15 pesos. AÑO XIII

REVISTA DE LA SEMANA.

El acontecimiento político que en estos últimos dias ha tenido el privilegio de escitar el más vivo interés y ser objeto de los comentarios de la prensa, es sin duda la dimision del ministro de Marina, señor don Juan Topete. Cuantos conocen el carácter firme y honrado de tan ilustre marino, conocen tambien que, aunque retirado del poder, seguirá prestando el más decidido apoyo á la obra de regeneracion iniciada en la bahía de Cádiz; pues no solo sus palabras solemnes en las Córtes, sino su conducta y todos sus actos asi *lo persuaden y aseguran*. *La Reforma*, periódico republicano, dice y con razon, hablando del señor Topete:

«Mientras un solo español sienta dentro de su alma verdadero amor á la libertad, mientras el patriotismo exista en el corazon de los hijos de España, habrá un recuerdo de gratitud para el marino don Juan Topete, sin cuya resolucion acaso aun seria España patrimonio de tiranuelos miserables, ó de torpes favoritos.»

Asi lo creemos tambien y experimentamos una satisfaccion verdadera cuando la prensa, desentendiéndose del espíritu de bandería y de esas pequeñeces personales que tanto la dañan, sabe hacer justicia y tributar la merecida alabanza á la abnegacion y al patriotismo. Deseamos que la cartera de Marina recaiga en quien sepa velar por los intereses y prosperidad de nuestra Armada, tan íntimamente enlazados con la importancia y grandeza de la nacion.

Ni el Océano con su incesante flujo y reflujo experimenta más alternativas que las candidaturas para el sólio vacante español: ya parece que está en alza la del duque de Montpensier, ya la del jóven sobrino del rey de Italia, ya la de don Fernando de Portugal, y cuando se espera verlas *confirmadas por el voto de la* nacion representada en Córtes, surgen de improviso particulares circunstancias que inutilizan los trabajos hechos y obligan á desandar lo andado, asemejándose este asunto á la famosa tela de Penélope, en que todo era tejer y destejer. Pero si la consolidacion monárquico-democrática del pais nada gana con tales dilaciones, no sucede lo mismo á la república. Vencida en su intempestivo conato á mano armada, rehace sus filas y espera con razon del curso de los acontecimientos el triunfo que no ha podido conseguir en los campos de batalla. Puede creerse por muchas razones que no carecen de fundamento lógico tales esperanzas. Porque cuanto se retarda la solucion monárquica, otro tanto gana la idea, y más que la idea, la costumbre republicana. Mirando con atencion al horizonte de la política, se ve en primer término la interinidad en que hoy nos encontramos, dilatándose indefinidamente; despues el breve reinado de un monarca que, cualquiera que sea, no podrá llenar las grandes aspiraciones del pais y perderá el trono; despues un período de turbulencias y más allá la república. Tal es el aspecto que presentan las cosas: dispénsenos el lector que, *sin tener el don de profecía, hablemos* con tal seguridad de lo futuro; mas si lo futuro nace y se deriva de lo presente, no será demasiado atrevimiento imaginar las facciones del hijo, teniendo en cuenta las del padre.

Todos cuantos hablan del estado de la insurreccion cubana, asi españoles como estranjeros, creen que se hallará terminada dentro del presente año. No para combatir, pues los rebeldes huyen de todo encuentro, sino para ocupar militarmente aquella gran estension de comarcas, donde se guarecen entre el monte y la manigua, son necesarios muchos hombres; y en vista de esto, sigue la organizacion y remision de batallones voluntarios formados en la península. Ultimamente se han organizado con rapidez uno de voluntarios de Madrid, otro de Oviedo, con el nombre de Covadonga, y son varias las provincias donde se organizan otros que á la mayor brevedad saldrán para su destino. Llevan todos vestuario completo, menaje, fornituras, bolsas de municiones, botiquines, calzado de repuesto y escelentes armas; todo lo cual, con las pagas de marcha de los oficiales, haberes de tropa desde el principio de su organizacion y trasporte por el ferro-carril *solo cuesta un millon próximamente por batallon*; siendo de notar que igual fuerza, alistada en Inglaterra para la campaña de Abisinia, costaba cinco millones; y en los Estados-Unidos, para la campaña del Sur, solo el enganche ascendió á ciento setenta mil duros. Además varios vapores de guerra han salido para Cuba con fuerzas de infantería de marina.

No solo en la Península se hacen estos preparativos: por el encargado de los archivos de nuestra legacion en Méjico se participó al ministerio de Estado que varios españoles residentes en aquel país desean trasladarse á Cuba, costeándose armas y viaje, para formar parte como voluntarios en la guera contra los enemigos de España. Asi lo han hecho, disponiendo el Regente que se les dé gracias por su noble y patriótico comportamiento, y que se publique para su satisfaccion en los periódicos oficiales.

Sábese por cartas de Nueva-York, que muy en breve quedarán terminadas las cañoneras que en los Estados-Unidos se construyen por cuenta del Gobierno, y estarán listas para salir en seguida á vigilar los mares de las Antillas.

Parece que don Cárlos de Borbon y los partidarios *de la causa carlista reaniman sus ya desalentadas esperanzas* y se proponen tentar fortuna nuevamente, encomendando al famoso Cabrera la direccion de su empresa. Asi lo aseguran algunos periódicos estranjeros y nacionales, mientras lo niegan los órganos absolutistas; pero la verdad es que las autoridodes españolas de la frontera pirenáica han apresado varias remesas de armas y efectos bélicos, entre ellas dos, una de 700 fusiles y otra de 800 del calibre de 15 adarmes y construccion tosca; pero útiles para la guerra.

Por su parte, doña Isabel, despues de anunciar un nuevo manifiesto á la nacion, causa de muchos comentarios anticipados, suspende el publicarlo y pide consejos á sus adictos sobre cuál debe ser su conducta en las actuales circunstancias. El del marqués de Miraflores, más que consejo parece una reconvencion; pues se limita á manifestar franca y esplícitamente que la abdicacion debió tener lugar hace ya un año, y que

entonces hubiera producido los mejores resultados. Mas ¿cómo habia de abdicar cuando su propio orgullo y las interesadas sujestiones de sus favoritos movian su ánimo en sentido contrario?

Para el 17 del mes actual se ha fijado en definitiva la inauguracion del gran canal del istmo de Suez. Este dia memorable pasarán de un mar á otro más de sesenta buques divididos en cinco escuadras, por el órden siguiente: los yachts de los soberanos y los príncipes; el *Pelouse*, á cuyo bordo irá el consejo de administracion de la compañía; los buques de guerra de diversas naciones; los mercantes de compañías comerciales, y por útimo los barcos de recreo pertenecientes á particulares. Se cantará un gran himno relativo á la solemnidad, cuya letra ha sido traducida á sus respectivos idiomas por poetas de todas las naciones europeas, y deseamos conocer en la sonora lengua castellana, aunque tememos sea bastante inferior al asunto que lo motiva. No todos los grandes hechos de la humanidad hallan un cantor como el de la *Imprenta*, la *Vacuna*, *Guzman el Bueno* y *Trafalgar*.

Los libre-pensadores de París redactan un programa para un Congreso que debe verificarse en Nápoles al mismo tiempo que el Concilio en Roma. En este programa se defiende la libertad de conciencia y la instruccion gratuita y obligatoria. El comité de París enviará diputados á Nápoles para hacer la guerra al pontificado.

Madrid toma cada dia mayor animacion con el regreso contínuo de familias pudientes, la apertura de muchas sociedades particulares y teatros de aficionados y la fundacion de varios círculos destinados á la propagacion de diversas clases de conocimientos. Mucho ha llamado la atencion la apertura de un «Círculo Magnetológico-espiritista,» que celebrará curiosas reuniones semanales. A la inauguracion asistió numerosa concurrencia, entre la que se notaban personas de reputacion en muchos ramos del saber humano. Este círculo ha fundado para la propagacion de sus doctrinas una revista quincenat, cuyo primer número aparecerá á mediados del presente. Se titulará *El Alma*.

Con gran solemnidad y concurrencia se celebró en la plaza de la Cebada el aniversario por la muerte del patriota Riego. Además de la milicia y pueblo, asistieron á la ceremonia religiosa varias comisiones de las lógias de Madrid, por ser Riego gran maestre de la masonería española en la época de su muerte. Se celebraron dos misas rezadas en el altar del catafalco, situado en el mismo lugar donde fue ajusticiada aquella víctima de la libertad. Despues habló brevemente sobre la significacion de aquel acto el comandante de voluntarios don Vicente Rodriguez, y la inmensa concurrencia se retiró con el mayor órden y compostura. Pocos actos públicos recordamos que hayan dejado tan honda impresion en los corazones.

N. C.

LOS ESTUDIOS GEODESICOS EN PORTUGAL

Y EL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO DE LISBOA.

Costumbre general de todos los que se dedican en España á alguna profesion científica, es seguir al dia los adelantos que se hacen en Francia, Inglaterra y Alemania, y nada tendria de censurable esa costumbre, si al mismo tiempo no se hallara tan estendido como ella el error de que es inútil volver la vista á Portugal, pueblo que consideramos, sin habernos tomado el trabajo de conocerle, á retaguardia de todos los del continente europeo.

Tratándose de estudiar un pais, parece que debe empezarse por el suelo y el cielo: echemos una ojeada por los trabajos que Portugal lleva hechos en esta materia, dejando para artículos sucesivos ir dando á conocer el estado de otro género de estudios.

La importancia de los trabajos geodésicos y la influencia que debian ejercer en la buena administracion, fue ya reconocida en 1790 por el gobierno portugués, que encargó de su ejecucion al sabio F. A. Ciera.

Comenzó aquel hombre eminente por hacer un reconocimiento general del país, venciendo las enormes dificultades que presenta un territorio tan accidentado como la península ibérica y tan falto de caminos en aquella época.

Ciera reconoció que los extremos Norte y Sur de Portugal podian ligarse por una red de cinco grandes triángulos, lo cuál era una circunstancia muy favorable para el que se proponía medir igualmente el arco del meridiano que se atraviesa á Portugal. No tardó sin embargo en notar que con tan limitado número de triángulos le era imposible llenar su objeto, porque la ventaja del pequeño número se anulaba por la visible imperfeccion de las señales, colocadas por término medio á 100 kilómetros de distancia.

Entonces combinó Ciera un nuevo sistema de estaciones, que dió por resultado la triangulacion de la parte de Portugal comprendida entre las paralelas de la montaña de Algarve y Aveiro y los meridianos del cabo de Roca y de la montaña de la Estrella; nueva triangulacion que abrazaba la mitad de la nacion y contaba treinta y dos estaciones. Para señalarla Ciera hizo construir grandes pirámides cuadrangulares, cuya base media 3 metros de lado, y cuya altura era de 9.

En esto vinieron los acontecimientos de principios de este siglo; Portugal fue invadido por las tropas de Napoleon; estalló la guerra en la Península, y tras de la guerra, ó al mismo tiempo que ella, comenzó la revolucion que en Portugal terminó el año de 1833 con la victoria de la causa liberal, despues de una empeñada guerra civil.

Entre tanto Ciera habia muerto, y el gobierno portugués, deseoso de continuar las importantes tareas geodésicas empezadas, ordenó reunir todos sus trabajos; parte de los cuales han sido publicados en las *Memorias de la Academia real de Ciencias de Lisboa*.

Por fortuna habia acompañado á Ciera en sus trabajos un hombre muy distinguido: Folque, que supo trasmitir á un hijo suyo el entusiasmo por la ciencia.

Hagamos aquí un paréntesis para consignar algunas noticias de este hombre, por muchos conceptos notable.

Felipe Folque, consejero de Estado, general de brigada, director general del Depósito de la Guerra, nació en Portalegre el 28 de noviembre de 1800: es hijo del teniente general Pedro Folque, y desciende de una familia española muy apreciada en Cataluña. Folque empezó sus estudios en 1806, y los continuó en la Real Academia de Marina, donde fue constantemente premiado por su talento y su aplicacion. Entró al servicio de la armada, en la cual obtuvo en 1820 el puesto de segundo teniente, despues de haber navegado largo tiempo.

Distinguióse siempre por su aficion á los estudios físico-matemáticos, á los que se dedicó con mucho aprovechamiento en la Universidad de Coimbra, alcanzando el premio de doctor para que pudiera ejercer el protectorado, como efectivemente lo ejerció por espacio de varios años.

En 1833 fue nombrado catedrático de la Real Academia de Marina, pasando en 1837 desde este establecimiento á la Escuela Politécnica de Lisboa, donde esplicó astronomía y geodesia, hasta que se jubiló á los treinta y nueve años de servicio en las principales escuelas de Portugal.

En el mismo año de 1833 pasó de teniente de la Armada á teniente del cuerpo de Ingenieros, ayudando á su padre, que entonces era comandante general de este cuerpo, en los trabajos de triangulacion.

En 1848 fue escogido el general Folque para profesor de matemáticas del príncipe don Pedro y de sus hermanos, formando por dos veces parte del séquito del rey don Pedro V en sus viajes por Europa. Por aquella época fue encargado Folque, á la muerte de su padre, de la direccion de los trabajos geodésicos que el año 52, á la creacion del ministerio de Obras públicas, se colocaron bajo su inspeccion, y se organizaron con la denominacion de Direccion general de los trabajos geodésicos, corográficos é hidrográficos del reino.

En vista de este desarrollo dado á los diversos trabajos que le fueron encomendados, entendió el general Folque que habiendo instruido teórica y prácticamente todo el personal técnico y organizado la clase de ingenieros geográficos, topógrafos é hidrográficos, era forzoso dar á estos servicios el carácter de permanencia que les faltaba, garantizando así la continuacion de trabajos de tanta importancia científica y administrativa, y asegurando la estabilidad de los oficiales que á ellas se dedicaban: tales fueron las razones porque fue creado en 1864 el Instituto geográfico, sujeto á la inspeccion del ministerio de Obras públicas, más tarde llamado Depósito general de Guerra, y sujeto, con no buen acuerdo por cierto, al ministerio de este ramo.

En cuanto al de Obras públicas, ha exigido al Depósito trabajos urgentes, tales como cartas geográficas y coreográficas del pais, planos hidrográficos de las barras y los puertos, acompañados de estudios hidrográficos de los respectivos rios y algunos planos topográficos catastrales de muchas localidades.

No tenemos espacio para señalar siquiera la multitud de tareas llevadas á cabo por el Depósito: habremos de contentarnos con citar una capital.

Gracias á ella, Portugal tiene organizada la triangulacion de primer órden, constituyendo una vez de 233 triángulos de primer órden, cuyos lados miden por término medio 30 kilómetros, y está procediendo á la construccion de la carta geográfica de la nacion. En mas de la mitad de su superficie se han escogido puntos trigonométricos, á fin de levantar la carta coreográfica, los planos hidrográficos de las barras de los puertos y los rios, así como algunos planos topográficos en grandes escalas. Todas estas triangulaciones han servido para la construccion de la carta coreográfica de Portugal en escala de $^1/_{100000}$ formando un Atlas de 36 hojas de 0^m, 8 de ancho por 0^m, 5 de largo. Esta magnífica carta, cuyo complemento espera el gobierno con el mayor interés, cuenta ya 15 hojas completas. A más de esto, el Depósito ha levantado los planos hidrográficos de los puertos y las barras de Lisboa, Fiqueira, Aveiro, Oporto, Vianna-do-Castello y Caminha; otros planos topográficos en la escala del catastro, y ha emprendido la construccion de la carta hidrográfica general de las cartas de Portugal, que está ya terminada del Duero al Sado.

Todos estos trabajos, cuya exactitud y escelente ejecucion es digna de todo elogio, se deben á un corto número de oficiales, que al mismo tiempo han tenido que atender á servicios apremiantes de diversas clases, y cuyos nombres nos complacemos en citar.

Están encargados de la geodesia trascendente, don José Joaquin de Castro, mayor de ingenieros, y don Francisco Antonio de Brito Limps, teniente del mismo cuerpo; de los trabajos de las secciones, don Francisco María Pereira de Silva y don Cayetano María Batalha, capitanes de navío, don Cárlos Botelho de Vasconcelles, capitan de fragata, don Cárlos Ernesto Abues de Moreira, teniente coronel de ingenieros y don Cárlos Enrique de Costa, capitan de estado mayor.

Tales son los estudios que se han hecho en Portugal, bajo la direccion del general Folque, por unos cuantos hombres de valer, que no han tenido grandes recursos de que disponer, ni siquiera local adecuado, hasta que, poco hace, han entrado en posesion de una parte del edificio de las Córtes, donde han instalado con cierta amplitud las oficinas y talleres de grabado y estampacion.

Así ha podido acudir Portugal á la invitacion del gobierno prusiano para que tomara parte en la conferencia internacional geodésica.

Pero el general Folque ha hecho más que eso: en 1857 fue nombrado por su discípulo don Pedro V, individuo de la comision encargada de edificar el Observatorio Astronómico de Lisboa, notabilísimo monumento, que con otras instituciones científicas, dará siempre testimonio de la inteligencia y la ilustracion de aquel justamente llorado príncipe.

Este establecimiento científico, una de tantas fundaciones útiles del malogrado don Pedro, está en Real Tapada de Ajuda, 3 kilómetros al Oeste de Lisboa. Ha sido construido á imitacion del observatorio de Poulkova, aunque con notables alteraciones en las disposiciones generales del edificio, aconsejadas por las condiciones especiales del clima de Lisboa, y para estar de todo punto concluido, sólo espera la gran cúpula de hierro, que se ha encargado á Inglaterra.

Los principales instrumentos del Observatorio son: 1.° Un gran ecuatorial, construido segun el sistema Hausen: Abertura libre del objetivo 0^m,380: Distancia focal 7 metros. 2.° Instrumento para pasajes por la primera ó cualquier otra vertical. Nuevo sistema de construccion propuesto por Stouve. Apertura libre 8^m,160. Distancia focal 2^m,31. 3.° Círculo meridiano igual al del Observatorio de Tiflis. Diámetro del círculo graduado 0^m,95. Abertura libre 0^m,150. Distancia focal 2^m,00. 4.° Instrumento portátil para pasajes, segun el sistema Oom. Abertura libre 0^m,07. Distancia focal 0^m,78. Lente angular con prisma en el centro del eje de rotacion. Aparato de inmersion. En todos los instrumentos los objetivos son de Merz y la parte mecánica de Repsold.

El Observatorio, que es hoy el mejor de Europa, porque en su construccion se han evitado los defectos de los que existian y porque en los instrumentos se han empleado las últimas perfecciones, posee entre otros muchos un sistema completo de aparatos electrocronométricos, un zygómetro (examinador de nivel) collimatores, miras y muchos otros instrumentos auxiliares: con esos elementos y con los conocimientos de don Federico Augusto Oom y don César Augusto de Campos Rodriguez, tenientes de la armada y encargados de los trabajos del Observatorio, despues de haber permanecido seis años en los principales establecimientos análogos de Europa, el de Lisboa ha podido tomar á su cargo los trabajos indicados por la conferencia internacional, señalar anteriormente las observaciones fundamentales como observatorio de Mediodía para obtener la declinacion de las estrellas que deben ser en la determinacion de las latitudes.

Lo dicho basta para que se comprenda hasta qué punto está adelantado en Portugal el estudio de su suelo y de su cielo; en otros artículos demostraremos que hay muchos conocimientos no más atrasados que ese.

Pues bien: el dia que fuimos al Observatorio y tomamos los apuntes para este artículo hojeamos el libro que á la salida nos presentaron, para que pusiéramos nuestro nombre: en la casilla de naturaleza de los firmantes aparecia el de todas las naciones de Europa y el de la mayor parte de los pueblos de América, pero ¡vergüenza dá decirlo! nos habian reservado el honor de ser los primeros que allí inscribiéramos la palabra España.

ROSI.

REVISTA DRAMATICA.

Prometí reanudar mis tareas de revistero dramático de EL MUSEO no bien se inaugurase el año cómico

de 1869 á 1870, y hé aquí que vengo á cumplir mi promesa, aunque no con toda la puntualidad que yo mismo hubiera deseado.

Los teatros de Madrid, á pesar de los trascendentales acontecimientos de la política que siguen absorbiendo la atencion pública, han comenzado la temporada llenos de vida y ni un punto abandonados por los aficionados de pura sangre y por los que, aun sin aficion verdadera, buscan en los teatrales espectáculos una distraccion agradable en que descansar de las serias ocupaciones del dia, ó un lugar de cita con las personas que, por su posicion, pueden hacer del palco el centro habitual de sus familiares tertulias.

El arte español, fuerza es tambien confesarlo, sigue hoy en la misma situacion de crísis, ya harto prolongada, en que le dejamos al dar cuenta de las últimas novedades dramáticas del pasado año cómico.

Continúa el imperio del género bufo sin la menor originalidad de parte de nuestros escritores y con la trasplantacion, muy socorrida, de los disparatados engendros franceses, cuya vida está en lo que se llama *grande espectáculo*, ó sea en las decoraciones nuevas, variados y vistosos trajes, formacion de pantorrillas femeninas en cuadrillas y ejércitos numerosos, todo con el poderoso auxiliar de la ligera, agradable y siempre bien oida música del célebre Offenbach, al que parece que se dispone á disputar su reinado en la escena española el no ménos famoso maestro Hervé, que hace á un tiempo á pluma y á lira, es decir, que á la vez es autor de música y libretos.

Dicho se está que lo bufo recibe su culto principal en el teatro de Arderius, el afortunado introductor del género, y despues en el teatro de la Zarzuela, que desde que dió tan espléndidamente cobrado hospedaje al señor de *Barba Azul*, no ha podido ménos de dejarse llevar de la corriente que conduce á tan positivos y escelentes resultados á las empresas.

No por eso se han descorazonado los que al arte de Calderon y Lope rinden sincero culto, y así vemos emprender su campaña al Teatro Español, con un valor digno de encomio; y como si esto no bastase (y realmente no basta) para hacer frente á la terrible invasion estranjera, se ha constituido una animosa sociedad de reputados actores que, á falta de otro templo de ella más digno, se ha refugiado en el teatro del circo de Paul, al que acertada y propiamente ha confirmado con el glorioso nombre de Lope de Rueda, padre y fundador de la escena española.

Para poder encontrarnos al corriente de los sucesos, haré hoy la reseña de lo ocurrido en los teatros, empezando por los que primero han abierto sus puertas al público.

Inauguraron sus tareas los Bufos Arderius con *Genoveva de Brabante*, que es una de las extravagancias francesas de mas difícil digestion, á pesar de las tazas de té que se administra el nada limpio duque, esposo de la protagonista, heroina desfigurada, mal traida y peor tratada, hasta el punto de no darse uno cuenta de la profanacion que el autor francés ha llevado á cabo, y de que es cómplice el traductor español, cuyo trabajo no tiene más importancia que la de los cantos arreglados á la lindísima música de Offenbach.

El libro carece absolutamente de gracia, á no ser que por gracias se tengan las desvergüenzas claras y reticencias trasparentes que en él abundan. La empresa de los Bufos Arderius desplegó en esta obra de inauguracion un lujo y un aparato que dan la medida del estudio que en París ha hecho de la manera de seducir y alucinar al público, para que con el apoyo de este se prolongue todo lo posible la vida de esta clase de espectáculos.

Despues de *Genoveva de Brabante*, se han puesto en este teatro dos ó tres obras nuevas en un acto, de las cuales sólo merece mencion y aplauso la original del señor Puente y Brañas, titulada *Dos truchas en seco*, que es un delicioso juguete, lleno de vis cómica y facilísimamente versificado, en el que dos sólos personajes, dos tipos, una graciosa y jóven pupilera y un cómico tronado, mantienen durante media hora la hilaridad de los espectadores. Verdad es que la señorita Fernandez y el señor Arderius han representado á maravilla las *Dos truchas*.

El teatro de la Zarzuela, que á los elementos con que hasta hoy contaba, ha querido unir el de la ópera italiana, aprovechando la libertad de teatros que da la mayor amplitud y desahogo á las empresas, ha llegado á verse defraudada en sus esperanzas, por un cuadro de compañía de ópera rechazado solemnemente por el público y por toda la prensa que pide unánime un cambio casi completo de personal.

El cuadro de Zarzuela fue el que inauguró las tareas de este teatro, poniendo en escena la opereta bufa de Offenbach, titulada *Las Georgianas*. Menos absurdo y disparatado este libro que otros del género, carece, sin embargo, como todos ellos, de asunto; el plan es irregular y todos los recursos y resortes obedecen al propósito constante de sacar á relucir, en ejercicio y marchas militares á tambor batiente, la gran comparsa de más ó ménos lindas coristas, en menor número en este teatro que en el de los Bufos Arderius. El éxito de *Las Georgianas* no ha correspondido al de las demás obras bufas y más frio hubiera llegado á ser, sin la representacion de la figura del sultan Retolondron, admirablemente hecha en aquel escenario por el señor Rodriguez, que es indudablemente el actor de más talento y de más gracia con que cuenta el género bufo en nuestros teatros.

El Teatro Español se inauguró con el célebre drama de Calderon *El Alcalde de Zalamea*, oido siempre con veneracion y encanto por los verdaderos amantes de las glorias de la dramática española.

Despues de haberse ocupado la prensa repetidas veces de la comedia de costumbres del siglo XVII titulada *La Maya*, púsose por fin en escena con gran contentamiento de cuantos deseamos ver en el teatro señales inequívocas de que no se olvidan los admirables ejemplos que en sus bellas creaciones nos legaron los Lopes, Calderones y Tirsos.

La Maya tiene por base una sencilla tradicion popular ya casi del todo olvidada, y que el reputado autor don Antonio Hurtado nos recuerda con todos los primores de que es capaz su felicísimo ingenio. En las fiestas de la Cruz de mayo que se celebraban en la córte de Felipe IV, el rey-poeta, era costumbre que el monarca eligiese, para maya ó reina de la funcion especial que tenia lugar en palacio, á la jóven más bella de las que en Madrid daban vida á esas fiestas populares; teniendo en su breve reinado en la real morada todas las preeminencias y privilegios de verdadera soberana.

Con esta base, el señor Hurtado imaginó una fábula sencilla é interesante, que lo hubiera sido en estremo en el teatro, si, más atento el autor al cuadro de costumbres y sobrado ligero al meditar el plan, no hubiera descubierto en la mitad del segundo acto la clave del misterio dramático de su obra.

La Maya tiene un bellísimo acto primero y en el acto segundo situaciones que, por sí solas y sin relacion ya con el destruido interés, conmueven profundamente á los espectadores por la verdad y sentimiento con que hace hablar á los personajes y por la forma encantadora con que reviste las escenas.

Los que conocen las producciones del señor Hurtado saben bien que el autor de *La Maya* es uno de los que mejor han estudiado los grandes modelos de nuestro teatro antiguo, y así en esta, como en todas sus comedias, se echa de ver el buen gusto de la forma, la pureza de la frase, la frescura y brillantez de la versificacion. Unidas estas condiciones á los delicados pensamientos, profundas sentencias y agudos chistes en que abunda la obra, se comprende bien el lisonjero éxito que obtuvo en el Teatro Español.

Dignos son, por cierto, de aplauso cuantos en estas críticas circunstancias, procuran, como el autor de *La Maya*, hacer salir á la dramática española del estado de postracion en que el egoismo de unos y el abandono de no pocos le tienen hace tiempo, porque, en cuanto al público, lo que desea es ocasiones en que admira los esfuerzos generosos de los felices ingenios que aun pueden colocar nuestro teatro á la altura en que brilló en épocas para él de grandeza y de gloria.

La sociedad de actores de Lope de Rueda ha inaugurado brillantemente sus tareas con una comedia nueva del señor don Luis Mariano de Larra, titulada *El Becerro de oro*. La obra adolece de falta de estudio en el plan y en los caractéres, en su mayor parte falsos, y el fin altamente moral que se propone el autor, resulta sin verdadero cumplimiento, porque el carácter del protagonista vacila, y este, sin llegar á la última consecuencia de su ceguedad, hace el mal, es ingrato, ambicioso, egoista, y al fin no sufre el castigo.

Antes bien, el protagonista de la comedia recibe el premio con el amor y la mano de esposa de la mujer honrada y buena á quien ha despreciado cien veces por correr tras la posesion y goce de las ambicionadas riquezas. El adorador del becerro de oro ha arrojado una perla, como dice un personaje de la comedia, y al adorador ciego del becerro de oro le guardan aquella perla modestamente escondida, para cuando quiera volver á recogerla despues de tanta ingratitud y perfidia con que ha destrozado nobles y generosos corazones.

La obra, sin embargo, tiene un bellísimo tercer acto, que revela al autor dramático, y en toda la comedia abundan chistes oportunos, descripciones admirables y trozos de fácil y brillante versificacion. Los actores de Lope de Rueda han dado realce á *El Becerro de oro* con una ejecucion inmemorable en la que se han distinguido la señora Hijosa y los señores Mario y Morales.

En la necesidad de dar cuenta, en una sóla revista mensual, de las principales novedades que ocurran en los teatros, cerraré por fin esta hablando de dos sucesos bufos de grande significacion que han tenido lugar respectivamente en los coliseos de los Bufos Arderius y de la Zarzuela.

El castillo de Totó, estravagancia francesa representada en los Bufos Arderius, y *Chilperico*, obra del mismo género y de igual procedencia, que acaba de estrenarse en el teatro de la Zarzuela, han venido á marcar del modo más claro el decaimiento de la en mal hora entronizada escuela traspirenáica, que, no teniendo por base las eternas leyes del arte verdadero y siendo en España un capricho de la moda que ha venido á producir una lamentable crisis en nuestra escena, por fuerza tenia que pasar como moda ridícula y morir como capricho absurdo y estravagante ante el hastío público. Los ávidos esplotadores del género bastardo han hecho todo lo posible por gastarle pronto y llevarle á una muerte ménos afrentosa de lo que en realidad merecia.

El castillo de Totó, que presenta á lo bufo en esqueleto, desprovisto de todo encanto que pudiera seducir y alucinar los sentidos, pues hasta la música revela el agotamiento del fecundo Offenbach, concluyó su vida en su estreno con una silba soberana que me pareció como una solemne abjuracion de los pasados errores y estravíos del gusto de un público tanto tiempo ciego y complaciente.

Como si esta prueba no bastara á consolarnos á los que en tantas ocasiones hemos llamado al buen camino á las empresas, actores y autores de los espectáculos lírico-dramáticos, ha llegado á la escena, despues de *El castillo de Totó*, el horrible engendro, hermano de tantos otros, titulado *Chilperico*, estrenado el lunes último en el teatro de la Zarzuela.

Letra y música del maestro Hervé, este ha demostrado que es tan notable músico como mal libretista, pues sólo separando el repertorio bufo se da uno cuenta de cómo un pobrísimo ingenio puede alcanzar á reunir tantos disparates sin hilacion, concierto, gracia ni atractivo alguno. De veras deploramos que autores españoles tan acreditados como los dos arregladores de *Chilperico*, sean cómplices de tan patente atentado contra el sentido comun y el decoro de nuestra escena.

En cuanto á la música, tampoco en todos los actos tiene esa espontaneidad y graciosa ligereza que han popularizado el nombre de Offenbach, que nunca podrá ser eclipsado por el de Hervé. El esmero con que la empresa ha puesto en escena la obra, y la autoridad y prestigio de artistas tan distinguidos como la señorita Velasco y los señores Sanz y Rodriguez, han librado á *Chilperico* de una silba como la de *El castillo de Totó*, aunque puede asegurarse que ambas obras marcan, por fortuna, la muerte de un género exótico, absurdo y de imposible vida en la escena que inmortalizaron Lope y Calderon.

Vuelvan los autores y actores españoles de los espectáculos lírico-dramáticos á la buena senda que les marcan las gloriosas tradiciones de nuestro teatro, la honra y el provecho serán el premio digno de sus tareas fecundas en beneficios para el arte.

9 de noviembre 1869.

E. Bustillo.

LA BATALLA DE CERINOLA

DESCRITA COMO NO SE HALLA EN NINGUNA HISTORIA NI CRÓNICA IMPRESA NI MANUSCRITA.

Cuando el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba peleaba en Italia con el ejército del rey de Francia Luis XII por la posesion del reino de Nápoles, como se hallase con pocos recursos para hacer la guerra, se recogió á Barleta, ciudad de la Apulia, no muy fuerte; mas puerto del golfo de Venecia, donde con el rostro al enemigo y la espalda á la mar podia fácilmente recibir socorros. Allí determinó defenderse de sus contrarios, y esperar ocasion oportuna de combatirlos, lo que hizo contra el dictámen de sus capitanes y aun de la córte de España, en que sólo estaba á su favor la reina Católica, que tenia entera confianza en los talentos militares de Gonzalo.

Cerca de diez meses permaneció en Barleta (1) sufriendo trabajos y las murmuraciones de su gente, y al cabo de ellos, obligado por las grandes necesidades y peste que allí se padecia, y por el disgusto que notaba en los alemanes y deseo de los españoles que querian más bien ir á buscar á los enemigos, con lo que esperaban mejorar, determinó dejar á Barleta. Mandó, pues, á sus capitanes que se dispusiesen para salir á campaña; y porque tenia gran confianza en Pedro Navarro y Luis de Herrera, los llamó de Tarento donde estaban para que con el mayor número de gente que pudiesen fueran á Barleta. Era su designio ir á tomar á Cerinola, villa muy importante, la cual con su fortaleza estaba por los franceses que tenian en ella copiosos bastimentos.

El general del ejército francés Luis de Armañac, duque de Nemours y virey de Nápoles, habiendo sabido por sus espías que el Gran Capitan salia de Barleta, temiendo que lo fuese á sitiar en Canosa donde estaba, envió á llamar al capitan Luis de Aste, que estaba en Oyra, para que con toda la gente de armas, caballos ligeros é infantes, se fuese á Canosa, y escribió á An-

(1) Desde el 10 de julio de 1502 á 23 de abril de 1503.

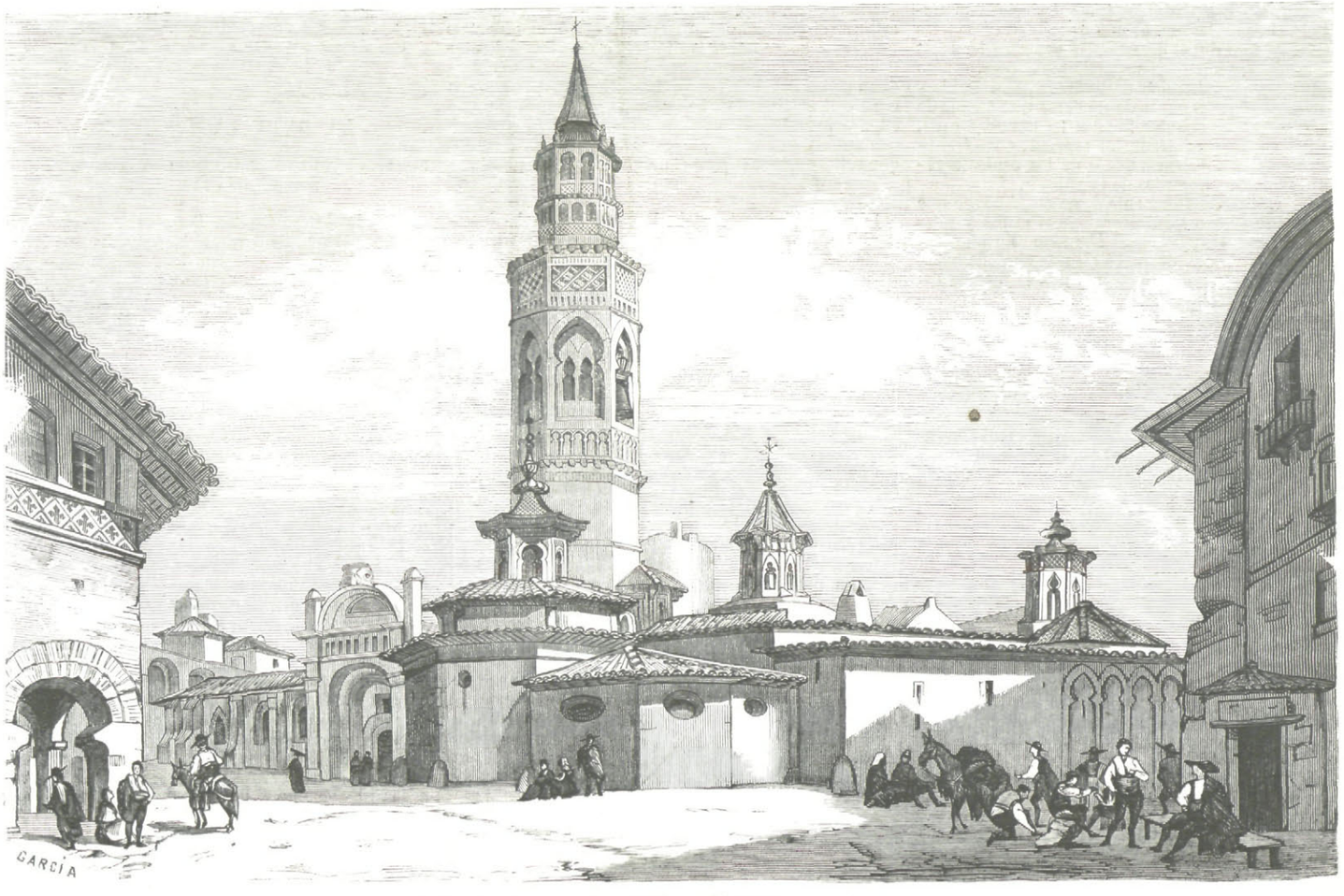
drea Mateo Aguaviva, varon muy esforzado y práctico, para que de Conversano donde estaba se juntase con Luis de Arce, capitan español al servicio del rey de Francia, que estaba en Altamura, para que se juntasen y fuesen á Canosa donde los esperaba. Mientras Aguaviva disponia su marcha, cogió Pedro Navarro las cartas del duque de Nemours para Luis de Arce junto á Tarento, y enterada de lo que intentaban los dos capitanes, él y Luis de Herrera se pusieron en emboscada con 300 peones, 50 caballos ligeros y 40 hombres de armas en cierto sitio por donde habia de pasar Aguaviva, y llegado el caso le acometió valerosamente. Sorprendido Aguaviva animó á los suyos al combate, y él y su hermano Juan pelearon denodadamente; pero fue muerto el caballo de Andrea y él herido y hecho prisionero, y su hermano, renovando el combate, peleó hasta que fue muerto.

La division quedó derrotada y los que no murieron, prisioneros. Continuando su camino llegaron á un paraje entre Conversano y Rodillana donde encontraron al marqués de Bitonto que con un escuadron compuesto en su mayor parte de gente vil y para poco, iba á juntarse con el virey. Asi que los capitanes españoles lo vieron, enviaron delante los caballos ligeros para dar lugar á que llegase la infantería que no fue descubierta por ir oculta con un bosque. Acometió Aguaviva á los caballos creyendo que iban sólos, y entonces salió la infantería y dando animosamente en la gente del marqués la desbarataron, hicieron prisionero á este y lo enviaron al castillo de Varina y cogieron un rico botin. Los dos capitanes llegaron á Barleta donde el Gran Capitan los recibió con mucho alborozo y sabiendo lo que habian hecho en el camino, celebró grandemente su valor.

Hizo el Gran Capitan alarde de su gente y halló que tenia 5,000 infantes españoles, 2,000 alemanes, 1,000 caballos ligeros, 700 hombres de armas, y 18 piezas de artillería que suman 8,700 hombres, y antes de partir dió á cada ginete dos ducados, y medio á cada infante. Resuelta la salida mandó el Gran Capitan á Nuño de Ocampo que habia llegado de la Calabria, que fuese y asentase el real en el mismo sitio en que lo habia tenido Annibal cuando derrotó á los romanos en la batalla de Cannas, y dejó en Barleta á Francisco Sanchez, despensero mayor del rey, para que la defendiese con su capitanía, y á Juan de Lezcano para que custodiase las galeras, y él se puso en camino y llegó á su campamento, que distaba 10 millas, al venir la noche del jueves 26 de abril. Al punto que llegó convocó el consejo de guerra y á todos los capitanes para deliberar lo que se habia de hacer al otro dia. Componian el consejo mosen Mabferit, mosen Hoces, mosen Claver, Iñigo Lopez de Mendoza, y eran los capitanes el duque de Térmoli, Fabricio, Próspero y Marco Antonio Colona, los condes de San Severino y de Nocheto, Hector Ferramosca, don Pedro de Acuña, prior de Mesina, los coroneles Diego García de Paredes y Villalva, don Diego de Mendoza, Pedro de Paz, su primo Cárlos de Paz, Luis de Herrera, Pedro Navarro, Espés y algunos otros. Se discutió si se habia de ir á buscar á los franceses para darles batalla, ó si se habia de tomar la Cerinola. Generalmente estuvieron por lo primero, pero el Gran Capitan dijo: «que no era este su dictámen por varias razones que espuso, que deseaba evitar cuanto fuese posible todo derramiento de sangre de cristianos: que él marcharia derecho á la Cerinola, y si los franceses le acometian, en ley divina y humana tenia derecho á defenderse, que tal era su resolucion. El consejo se adhirió á su parecer confiando en su talento y buena fortuna. Entonces mandó que todos estuviesen dispuestos para marchar derechamente á Cerinola.

El duque de Nemours tuvo asimismo su consejo y concurrieron á él Mr. de la Tremuille, el capitan más distinguido que en aquel tiempo habia en Francia, el

EL GENERAL FOLQUE, DIRECTOR DE LOS TRABAJOS GEODÓSICOS EN PORTUGAL.



IGLESIA DE SAN PABLO EN ZARAGOZA.—(ANTIGUA MEZQUITA).

famoso Pedro Bayard, Bayarte, segun lo nombran los españoles, Mr. Ives Alegre, Mr. de la Palizza, Mr. Ricarte, Mr. Sampol, Mr. de Formento, el coronel de los suizos y gascones Mr. Chandea, y el capitan de los mismos Sandeyo. Fueron de dictámen de ir á buscar á los españoles, á lo que se opuso el duque diciendo entre otras cosas que no era prudente pelear con el enemigo cuando lo deseaba, y que se debia diferir la batalla. Entonces Mr. Alegre con demasiada libertad dijo al duque: «bien se conoce que V. S. es jóven y sin esperiencia de las cosas, de la guerra: si la tuviese diria todo lo contrario; y así yo requiero á V. S. de parte del rey nuestro señor y de la nuestra para que se decida á dar mañana la batalla á los españoles, y si no el Gran Capitan con su astucia nos irá gastando como ha hecho hasta aquí.» A este parecer de Alegre se adhirieron todos los capitanes, y el duque, resentido de esta desatenta reconvencion, dijo: «pues, señores, si todos sois de esa opinion, yo os prometo hacerlo así á fé de caballero, yo seré vencedor, ó quedaré muerto en el campo, y plegue á Dios que estén decididos á lo mismo los que aquí han dado su parecer.»

Mr. de la Tremuille dijo entonces: «es seguro que no vencerá el Gran Capitan, sino que perecerá en ese campo raso, como habia de morir cercado en Barleta.» «Pues todos, dijo el duque, se preparen para que mañana bien temprano principie la gente á marchar y se tome el paso por donde han de caminar los españoles á una milla de aquí (de Canosa) cerca del rio Ofanto.» Entonces indicó el duque á cada cual el lugar que habia de llevar, y á Mr. Sampol le dijo: «vos madrugareis para ir á descubrir el campo de los españoles y me avisareis con mucha diligencia de la direccion que llevan, si bien yo tengo por cierto que van á la Cerinola.»

El Gran Capitan llamó la noche del jueves á Luis de Pernia, valiente alcáide que habia sido de Osuna, y le dijo: «Pernia, id al punto y amaneced sobre el camino que llevan los franceses, escoged los ginetes que os pareciere y avisadme de la direccion que llevan y de lo que hacen» y asimismo llamó á su mayordomo Medina y le preguntó si quedaban en Barleta algunas alhajas suyas: contestóle diciendo: «que quedaban diez y ocho arcas con ropas de seda y brocado y joyas de oro y plata.» El Gran Capitan le dijo entonces: «pues luego al punto las hareis sacar de allí y traerlas para que pasen por la misma suerte que nosotros, y no se diga que saqué los hombres á pelear y dejé mis alhajas en seguridad.»

BAILE GUERRERO DE LOS LANDINE Ó CAFRES-ZULÚS, EN SHOUPANGA.

El viernes 27 se levantó el Gran Capitan muy de mañana, oyó misa con tan gran devocion que conmovió á todos los presentes, y luego mandó que partiese el ejército camino de la Cerinola y les encargó que fuesen con mucha cautela, y recato para que si los acometiesen los hallasen prevenidos. Del órden que llevaba el ejército no se sabe cosa cierta por la discordancia de los autores. Dice Gerónimo Zurita que en la vanguardia iban Fabricio Colona y Luis de Herrera que mandaban los corredores del campo. Seguia don Diego de Mendoza y la gente del Clavero y la de Iñigo Lopez de Ayala con un escuadron de 2,000 hombres de infantería y alguna artillería. En la batalla ó centro iban Próspero Colona y el duque de Térmoli con 2,000 infantes, 200 caballos ligeros y artillería. En la retaguardia iba el Gran Capitan con 2,000 alemanes, la gente de su compañía y la de Pedro de Paz. Nuño de Mata con 100 caballos ligeros descubria el campo por la parte de los enemigos.

Pernia, diligente, amaneció en el campo que llevaban los franceses, como el Gran Capitan le habia mandado, y luego envió un ginete para que le avisase como el ejército francés principiaba á marchar, aunque el real quedaba asentado. Luego mandó otro ginete para avisar como todo el ejército se principiaba á mover contra la Cerinola, y últimamente volvió el mismo Pernia diciendo que todos iban de arrancada derechos á Cerinola.

El Gran Capitan continuó su marcha hácia esta villa en cuyo camino se encuentran 3 leguas sin agua, por que la Apulia es muy seca y calorosa y sólo se encuentran (1) en ella algunos pozos salobres, que sirven para abrevar los ganados; por lo que llegó el caso de que los soldados desfallecieses de sed, de cansancio y fatiga, y para refrescarse chupaban las canahejas de que abunda aquella tierra, planta venenosa que les hacia daño. A este tiempo anunció Fabricio Colona, (otros escriben que García de Lison) haber descubierto el ejército francés que iba con mucho órden y concierto. Considerando algunos soldados la superioridad del ejército francés y que si el español le hacia frente no podria ménos de ser vencido, desaparecieron y al otro dia llegaron unos á Manfredonia, otros á Barleta y otros á otras partes.

Lo mismo hicieron, cosa notable, algunos del consejo de guerra que no quisieron hallarse en la batalla, aunque la noche antes habian sido de opinion que se debia dar vendo á buscar á los franceses. Iba ya el ejército tan fatigado de sed y de calor, que murieron 47 alemanes y una mujer de la misma nacion; y los soldados no teniendo aliento para caminar, quedaban tendidos por

(1) Horacio la llama *siticulosa*.

el camino. Llegó á tal punto la calamidad que los soldados, especialmente los alemanes, mejor quisieran morir á manos de los enemigos que pasar adelante. Entonces dispuso el Gran Capitan que la caballería tomase á las ancas á los infantes, lo que por lo general hicieron todos muy voluntariamente, y él fue el primero que dió ejemplo llevando en su caballo á un alférez aleman. En esto llegó Medina, el mayordomo del Gran Capitan y le dijo: «Señor, temiendo yo lo que iba á suceder, traigo ahí cuatro carretas cargadas de cueros de vino y tambien bizcocho para refrigerio del ejército:» á lo que contestó Gonzalo: «á vos, Medina, debemos la victoria de esta batalla.» Así que llegaron las carretas bebieron todos, y los alemanes recobrados dijeron que ya acometerian á toda la Francia que se les pusiera delante. No suplia esto la falta del agua, y así buscaron algunos pozos y los hallaron con agua tan escasa por efecto del calor, que no bastaba para todo el ejército. Entonces mandó el Gran Capitan que por escuadras fuesen al rio Ofanto que ya habian pasado, y llevasen agua.

Tuvo noticia el duque de Nemours de los trabajos que sufria en la marcha el ejército de sed y de fatiga y creyó que en tal estado le seria muy fácil derrotarlo, y así se dió gran prisa á mover su gente en seguimiento de los españoles, que si entonces los alcanzara fuera imposible evitar una derrota.

(Se continuará.)

LUIS M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA.

IGLESIA DE SAN PABLO, EN ZARAGOZA.

El templo, cuya vista reproducimos en el presente número, es uno de los principales de Zaragoza. Se halla situado en la plaza de su mismo nombre, una de las más concurridas de la ciudad, y hemos tomado su vista desde un ángulo de dicha plaza á fin de abarcar el mayor conjunto posible del edificio, atendida la estrechez de las calles que lo cercan y comprimen.

Todo su aspecto externo revela con un carácter vigoroso que no deja la menor duda, cuál fue la época de su construccion; época que se refiere á los principios del siglo XII. Solo la extructura de la torre convence de esta verdad á cualquiera, aun antes de examinar los pormenores, cuyo estudio la comprueba más y más á medida que en él adelantamos. Esta torre, de suma elevacion, se halla cubierta de hojarascas, festones, arabescos y otros adornos resaltados sobre azulejos.

Agrupada á su sombra contémplase una multitud de cupulitas cubiertas de tejas amarillas y azules, que aumentan ópticamente las dimensionas de la masa enorme que sobre todas descuella, dando al conjunto un carácter oriental, imposible de confundir con ningun otro estilo arquitectónico. Prescindamos de la cúpula que termina la citada torre y de los revestimientos modernos del resto del edificio, y suprimidas estas adiciones que apenas lo modifican, aparecerán las líneas magistrales de la ya purificada mezquita.

El interior del templo es notable tambien. Su retablo mayor, de correcta escultura, se atribuye á Damian Forment, artista del siglo XVI y autor de la famosa portada de Santa Engracia. Se miran con aprecio las pinturas de los cuadros y cúpulas de la capilla de San Miguel, hechas por Gerónimo Secano; y así mismo un hermoso sepulcro de don Diego de Monreal, obispo de Huesca, muerto en 1607.

LA CALLERA.

(COSTUMBRES MADRILEÑAS.)

Podrá faltar en Madrid, como en efecto hasta hace pocos años ha faltado, el agua, tan necesaria para la limpieza y para la misma vida; podrá faltar el órden, andando cada cual á trabucazos con su prójimo; podrán faltar muchas cosas; pero nunca faltarán ciertos tugurios ó figones, y dentro de ellos ciertas mujeres guisando y vendiendo callos y ciertos ciudadanos engulléndolos tranquilamente, sin recordar el dicho de Quevedo; esto es, que no podia comer en conciencia en algunas pastelerías y bodegones, sin rezar un Padre Nuestro por el difunto, cuyas eran aquellas piltrafas.

El grabado que en este número damos, dibujado con toda verdad por el señor Ortego, representa la callera en el ejercicio de sus importantes funciones y rodeada de sus *ordinarios parroquianos*. Al verlos devorar la bazofia con tal apetito, no podemos ménos de recordar el proverbio de «á buena hambre, no hay pan duro.» Hay entre los parroquianos algunos hijos de Pelayo, que acaban de soltar la cuba, mandaderos, viejas y chiquillos de los que recorren calles y casas vendiendo arena y recogiendo trapos y desechos. No lejos del grupo, y sin atreverse á tomar asiento y satisfacer la necesidad atrasada, que sin duda tiene, se halla un individuo, cuyo trage derrotado, risueñas botas y abollado sombrero, juntamente con la espresion famélica de su rostro, están diciendo á voces que no es un capitalista, un millonario, ni siquiera un bolsista; aun entendiendo por tal á quien tiene en su bolsillo la exígua cantidad de ocho cuartos.

Tanto los pormenores como el conjunto de la escena son característicos, y cualquiera puede convencerse de ello con sólo abrir la mugrienta mampara y echar una ojeada al tabuco donde la callera ejerce sus funciones y obsequia á sus huéspedes con sendos tasajos, que á veces por lo duros y correosos producen en el consumidor la ilusion de estarse comiendo una maleta, ó un par de botas adobadas. Y sin embargo, ¡todavía hay tras de la súcia vidriera quien lo contempla con envidia! Quizá por esto escribió Calderon:

«¿Habrá otro, entre sí decia,
»más pobre y triste que yo?
»Y cuando el rostro volvió,
»halló la respuesta, viendo
»que otro sabio iba cogiendo
»las hojas que él arrojó.»

BAILE GUERRERO DE LOS LANDINE,

Ó CAFRES-ZULÚS, EN SHOUPANGA.

Generalmente se tiene una opinion errónea acerca de las tribus salvajes africanas, suponiéndolas á todas igualmente faltas de inteligencia, actividad y valor; cuando, por el contrario existen entre ellas diferencias profundas. La tribu de los landines (cafres-zulús), es valiente y aventurera: sus individuos se consideran los señores de la orilla derecha del Zambezé, y los colonos europeos no pueden establecerse allí sin pagarles tributo.

Cada año, por lo regular, acuden los landines en gran multitud á Shoupanga y Sena para percibir la renta acostumbrada. Los ricos negociantes, cuyo número es allí escaso, se lamentan de semejante carga; pues no dan á los zulús menos de doscientas piezas de estofas que esceden cada una de 60 varas, y además alambre de laton y varias bujerías para evitar una guerra devastadora en que perderian enteramente sus cosechas.

El grabado correspondiente representa la danza guerrera que es una de las ceremonias que verifican al presentarse á los colonos para exigirles el anual tributo; pues esta belicosa tribu nada emprende sin hacer antes sacrificios á la divinidad, celebrar danzas, entonar himnos, etc. Es de advertir, que entre ellos hay la creencia de que los blancos son casi siempre antropófagos; por lo que así como nosotros asustamos á los niños con los negros, ellos lo hacen diciéndoles: «Mira que te coge el blanco.»

PENSAMIENTOS.

Luz que tiemblas callada
en altas horas;
yerbecilla que agita
la brisa loca;
Dramas nocturnos
en que nadie repara...
¡yo os amo mucho!

Es en vano que siempre
que nos hallemos
yo enmudezca y tú afectes
rostro severo;
¡Que en tus pupilas
dejó reflejo eterno
noche divina!

¿A dónde estás, ventura?
con sus latidos
el corazon te llama
desfallecido:
Del firmamento
fluye voz que me dice:
«¡Aquí, en el cielo!»

¡Dichoso aquel que puede
decir que adora
aunque á su amante ruego
desden responda!
Mas ¡ay de aquellos
que no pueden decirlo
y están muriendo!

J. M. MARIN.

LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)

Al expresarse así, Andrés habia dejado caer una lágrima sobre las manos heladas de la gran duquesa. *Conmovida Natalia, le contemplaba en silencio con aire* enternecido. Confidente de este drama lúgubre, su alma abrigó muy pronto por su héroe una maravillosa simpatía. La soledad del sitio en que se encontraban, el dolor tan apasionado de Andrés, todo, hasta esa analogía de infortunio en ambos, parecia unirla al jóven con ciertos lazos. ¿No experimentaba Natalia lo mismo que Andrés una impresion parecida al oir el nombre de Catalina? ¿No presentia en su soberana su más mortal enemiga? Mil ideas extrañas se aglomeraban en su cerebro; á cualquiera precio hubiera querido restablecer la calma en el corazon de Andrés Stefanoff.

—Si la llave de esa prision—le dijo,—estuviese en mi mano, Dios me es testigo de que antes de la noche veríais caer esas odiosas cadenas. Si yo pudiese á lo menos estar cerca de vos, ¡creo, Dios mio, que sabria inspiraros valor y resignacion! Por desgracia, Andrés, la delacion me rodea por todas partes. ¿Buscais la prision de vuestro padre? ¡Mirad la mia ahí delante! Una córte en la cual no puedo dar un paso sin encontrar un espía; ¡un trono al cual no me acerco sin extremecerme! Y sin embargo, Andrés, no puedo huir de esa córte y me veo obligada á besar todos los dias la mano de esa mujer, llamada Catalina. ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!

—¡Desgraciada!—exclamó Andrés.—Yo creia, señora que el infortunio estaba vinculado en mí solamente. ¿Pero quién sois, entonces, vos tan noble, tan digna por todos conceptos de amor y de admiracion y que, á pesar de todo, podeis llamaros desgraciada? ¿Seria acaso alguna otra víctima de Catalina la que extiende su generosa mano al hijo de Gregorio Stefanoff?

—Sí, sí, otra víctima de Catalina, Andrés. Delante de vos teneis á la esposa de Pablo I.

—¡La gran duquesa! murmuró el jóven poseido de estupor.

—Sí, la gran duquesa,—respondió Natalia con amargura.—Se me juzga dichosa, y devoro secretamente mis lágrimas; se me felicita por ocupar el primer puesto cerca de Catalina, siendo así que ese primer puesto le ocupo tambien en su odio. Y sin embargo, ese puñal que aguzábais contra ella, mi voz ha sido la que le ha hecho caer de vuestras manos. La Providencia me ha colocado delante de vuestro camino. ¡Ah! El cielo ha grabado á este encuentro un sello que de hoy en adelante será indeleble. No temais, desgraciado jóven, vuestro padre os será devuelto, yo os lo aseguro. Mañana, esta misma noche volveré á hablar á la emperatriz. Entre tanto rogad á Dios, esperad, que yo velaré por vos. Unámonos ambos para esta causa noble y santa; vuestro secreto queda encerrado para siempre en mi seno. A nadie me atreveria á confiarlo aquí, ni aun al mismo Almam. Pero... es preciso que nos separemos, las horas corren y mi ausencia puede llamar la atencion en palacio. Juradme antes de marchar que no intentareis nada contra Catalina; juradme que abjurais aquí de toda idea de crímen y de venganza. ¡Andrés, sólo á Dios pertenece el castigo! Por mi parte, os prometo ayudaros en todo como un amigo, como un hermano: ¿prometeis obedecerme?

—Yo os lo prometo,—respondió el jóven tristemente;—desde que os he visto, señora, siento que un freno desconocido sujeta mi odio. Ayer, esta misma mañana, me he acercado á vos con la amenaza en los lábios; ahora, me veis á vuestros pies, cifrando en vos toda mi esperanza. Catalina os debe más de lo que cree. Aceptadme, os lo repito, como el más humilde de vuestros servidores. Ordenad y obedezco. Sois el primer rayo celestial que alumbró mi demencia y mi martirio; Dios os ha colocado á demasiada altura para que yo pueda sentir hácia vos otra cosa más que una santa adoracion. Adios, señora, adios; todos mis pensamientos son vuestros. ¡Cualquiera que sea el resultado de esos generosos esfuerzos que os dignais hacer por un desventurado, Andrés Stefanoff os bendecirá siempre: vuestra querida imágen no se apartará de mí sino con la vida!

Habia pronunciado estas palabras con un acento tan verdadero y tan penetrante que las lágrimas inundaron sus mejillas. Las enjugó lentamente y se dispuso á marchar dirigiendo una mirada impregnada de tristeza y de amor á su noble protectora. En cuanto á Natalia, el corazon de la infeliz jóven palpitaba bajo el peso de encontradas emociones. La sola idea de separarse de Andrés para siempre la atormentaba cruelmente...

Andrés Stefanoff comprendió que debia ser el primero á arrancarse del encanto y de la turbacion que producia en ambos semejante escena. Abrió la puerta que daba á los jardines...

De repente, retrocedió...

Un hombre en trage de caza, con el vestido en desórden, entraba precipitadamente en el pabellon... este hombre era el gran duque Pablo.

VI.

UNA CONSPIRACION.

A la vista de Pablo, Natalia se extremeció...

El gran duque parecia ser presa de una lucha violenta; sus miradas lanzaban el rayo. En una mano estrechaba convulsivamente su látigo de caza, en la

otra estrujaba la carta que acababa de recibir, por conducto del húngaro imperial, en el camino de Peterhoff.

La emocion de Pablo venia á ser incomprensible para Natalia.

Sobre ella, más bien que sobre Andrés, se fijaban aquellas dos pupilas brillando con un fuego rápido, acerado, llenas de esa espresion altanera y sombría que debió tener en su infancia el hijo de Pedro III, víctima fatal de la desunion en que vivieron los que le dieran el ser.

El emperador habia declarado por un edicto que no le consideraba como hijo suyo, ¡y se puede comprender muy fácilmente el peso que semejante confesion haria caer sobre el corazon de Pablo! Jóven, brillante, envidiado, alimentaba, á pesar de todo, en su alma dia por dia una herida profunda... ¡incurable! A la sóla idea de una nueva afrenta, el gran duque temblaba de furor.

Contempló algun tiempo á Natalia, y luego, encendidos sus ojos de terrible furia, se fijó en el jóven Stefanoff.

Este mismo Pablo, tan cruelmente dominado por Catalina, este mismo Pablo que debia creer más tarde en los falsos rumores esparcidos á propósito de Rasoumowski, encontró á Andrés tan bello, tan grande y tan noble que sintió cierta especie de miedo.

El conde lo habia comprendido todo, aquel furor desordenado y aquel orgullo absoluto. Pero además se encontraba conmovido hasta el enternecimiento por el singular dolor de Pablo.

Este dolor tenia entonces un carácter enérgico y casi sagrado; se le hubiera creido un hermano cariñoso herido en su afecto más santo y más íntimo. Una lágrima de rabia habia asomado á los ojos de Pablo... la sangre de los czares se despertaba en él, y se mostraba orgulloso con ese poder sobrenatural que parece que Dios da á los reyes futuros...

Andrés permanecia ante él mudo... inmóvil; verdaderamente, podria juzgársele culpable...

—¡De rodillas, desgraciado! gritó Pablo con voz ahogada por la cólera y levantando su látigo sobre el jóven conde.

Una palidez mortal cubrió las facciones de Andrés Stefanoff: su mano se dirigió instintivamente á su puñal; pero la gran duquesa se hallaba ya colocada delante de él. Por un movimiento tan rápido como el relámpago detuvo el brazo que amenazaba y desafió intrépidamente las miradas de Pablo.

—Dejadme castigar el más temerario de los atentados!—prosiguió el gran duque fuera de sí.—Si no sois culpable, señora, este insensato lo es al menos, y no necesito de la emperatriz para hacerme justicia.

Al mismo tiempo separaba á Natalia.

—¿Sabeis acaso el nombre de ese jóven? preguntó Natalia con un grito que parecia haber desgarrado su corazon al abrirse paso.

—¿Qué me importa su nombre?—replicó el gran duque con el brazo levantado sobre Andrés.—Para castigar á un traidor, no es preciso más que tenerlo delante.

—Herid, pues,—exclamó Natalia,—¡herid, monseñor! El hombre que teneis delante de vos es el hijo del conde Gregorio Stefanoff.

A este nombre, el látigo cayó de la mano del gran duque, que lanzó un gemido ahogado.

—¡El hijo de Gregorio Stefanoff!—murmuró.—¡Iba á poner la mano sobre este jóven cuyo padre me salvó del látigo infamante de Zadowski!

Y arrojando el látigo por la ventana del kiosko, tendió la mano á Andrés con una solicitud llena de nobleza. Dos gruesas lágrimas se desprendian en este momento de sus mejillas; sentia esa vergüenza pura y santa que sólo conocen las almas grandes. Estrechó á Andrés contra su corazon, como lo hubiera hecho un hermano con otro hermano, y dijo:

—¡Tú no eres culpable... no... puedes serlo! ¡Un misterio horrible se encierra aquí! ¡Ah! ¡Yo debia preveerlo! Pero no temas, generoso jóven, triunfarás de las viles asechanzas que sin duda intentan prepararte. ¡Oh, madre mia, madre mia! ¡es esto lo que debia esperar de vos!

Desplegó en seguida la carta que se le habia entregado de parte de la emperatriz, y se la enseñó á Natalia, conmovida todavía con la pasada escena. La gran duquesa al leerla, no pudo contener su dolor y sus sollozos.

—¡Ah!—prorumpió con esa indignacion sincera y firme que es atributo de los corazones generosos cruelmente heridos.—¡Pablo! ¿qué es lo que le hice yo á vuestra madre?

—¡Amarme!—repuso Pablo con conviccion.—No sois de esas mujeres que juegan con la hipocresía y la mentira. ¿No es esto lo bastante, Natalia, para atraerse el odio de la emperatriz Catalina?

Pronunció estas palabras con un acento tan verdadero, tan lleno de amargura, que Andrés se sintió profundamente conmovido.

Esta era la primera vez que veia al hijo de Catalina II, y en este hijo hasta entonces paciente esclavo de la voluntad de su madre, Andrés Stefanoff descubria un rebelde. El infame artificio de la emperatriz, su maldad, sus celos, todo contribuia á inflamar el odio en el corazon del jóven conde. Se habia tramado su pérdida y la de un ángel de virtud, de candor; de una mujer cuyo sólo contacto hubiera purificado á otra cualquiera que no fuese Catalina. Andrés se preguntaba si no seria juguete de algun sueño, en medio de aquel drama lúgubre, infernal. No contenta con sacrificar al padre, la emperatriz ¿querria estender su venganza hasta el hijo? ¿No habia hecho á Natalia promesas que no pensaba cumplir seguramente? El jóven entreveia al fin el abismo que se le preparaba; pero lo que le parecia más atroz é incalificable era la trama urdida contra aquella inocente, calumniada de tal modo, obligada á descender á justificarse por medio de los ruegos, ó á encerrarse en su orgullo. De todos los derechos sagrados, desconocidos por su enemiga, aquel era el que le parecia más injustamente violado; hubiera deseado que la misma emperatriz se hallase delante en aquel momento, para confundirla.

—Monseñor,—dijo á Pablo,—no necesito esplicaros que he venido únicamente á este sitio para hacer una súplica. Esta señora,—añadió dirigiendo sus miradas á la gran duquesa,—ha tenido la bondad de presentar en mi nombre una instancia á la emperatriz... ¡Ya acabais de ver cómo demuestra la emperatriz Catalina su justicia!

Pablo I, mirando al jóven fijamente, respondió:

—Tranquilizaos, Andrés; ¡sobre la emperatriz Catalina está Dios!

—Dios,—insistió Stefanoff,—ha dejado castigar á mi padre por un crímen de que estaba inocente; Dios, sin duda para algun fin de su alta justicia, ha consentido que se consumiese entre los tormentos de una prision... y víctima quizás del hambre hoy...

—¿Vive acaso vuestro padre?

—Vive, monseñor; vive sin que yo sepa bajo qué bóvedas húmedas y heladas se apagan sus gritos; sin que yo sepa qué cerrojos le guardan dia y noche, ni qué carcelero repasa sus cadenas para que aseguren mejor su presa; vive sin que jamás un rayo de esperanza haya iluminado su sombrío calabozo, sin que una voz amiga haya podido decirle: «¡Vuestro hijo existe!»

—¿Qué pedíais en esa solicitud, Andrés?

—Que se me permitiese, monseñor, visitar las prisiones del reino con el objeto de buscar en ellas al que, por tanto tiempo y tan cruelmente se procura ocultar á mis pesquisas como á las de Almam... Hé ahí lo que esperaba, lo confieso, obtener de Catalina.

El gran duque quedó pensativo.

—Andrés,—dijo al fin,—¡bien se deja ver que no conoceis á mi madre!

—¿Por qué, monseñor?

—Por que vuestra pretension es insensata.

—¿Insensata? Pues qué, ¿la emperatriz no debe reparar de alguna manera esas angustias, esos dolores que han pesado sobre mí! ¿No sabe muy bien el sitio en que Gregorio Stefanoff languidece cautivo?

—No sabeis, jóven imprudente, lo que habeis hecho. Las puertas de esa prision se os abrirán...

—¡Ah! ¡Ese es mi único deseo, mi única esperanza! exclamó Andrés.

—Sí,—prosiguió Pablo,—la emperatriz os devolverá á vuestro padre. Mañana, tal vez, sabreis por ella misma la oscura fortaleza en que yace encerrado. Lo sabreis, Andrés, y direis en medio de vuestra alegría, de vuestro delirio, «¡Catalina es justa al fin!» Se levantará delante de vos una piedra, se correrán varios cerrojos, se os enseñará un subterráneo... y allí encontrareis á vuestro padre. Le abrazareis, le oprimireis contra el corazon como un hombre que cree morir de gozo con la idea de que vuelve á la vida al ser más querido. Pero, apartad un poco aquellos cabellos blancos, aquellos vestidos despedazados; aspirad su aliento, Andrés, llamad por su nombre al que conocíais como vuestro padre, suplicadle que os responda... ¡ah! ¡pobre jóven! ¡sus lábios estarán amoratados, sus cabellos helados por el soplo de la muerte, sus vestidos no cubrirán más que un cadáver! ¡Esa será, Andrés, la clemencia de Catalina! ¡Su mano no abre más que tumbas! ¡Una noche tambien, yo que os hablo, una noche en que no encontré á Panin á mi lado, he llamado á gritos á mi padre! Alexis Orloff se presentó junto á mí y me impuso silencio. El dia siguiente por la mañana, Andrés, encontré á mi madre que hacia quemar en el fuego un largo pedazo de seda negra... era la corbata de Pedro III, ¡torcida, desgarrada, ensangrentada! ¡Un edicto publicó el dolor de Catalina, un edicto me hizo saber que habia perdido á mi padre! ¡Andrés, querido Andrés, quiera el cielo que no suceda lo mismo con el vuestro!

Pablo habia dicho todo esto con un acento que inspiraba miedo. Natalia escuchaba á su marido helada, insensible... Esta era la primera vez quizás que se expresaba así delante de ella; pero hay momentos dados en que los dolores se desbordan del corazon que los encierra. El ultraje hecho al esposo hablaba más alto que el yugo que pesaba sobre el hijo desde tan largo tiempo.

—¡Oh!—continuó luego como un hombre que recupera las fuerzas y la voz;—Andrés, ¿por qué no soy tu emperador? Ese cetro ensangrentado, esa banda manchada de lodo, se lavarian en una agua pura y divina: el amor de mi pueblo no tendria sú orígen en el vil temor. Pero, no pierdas toda esperanza. Pablo cuenta con amigos y partidarios. Soy el hijo del czar, Andrés, y no olvidaré nunca al hijo del único hombre que ha osado luchar con el feroz Zadowski! ¡Tu padre me ha hecho respetar, yo haré tambien que se respeten para él los derechos de la nobleza y de la justicia! ¿Natalia, me ayudareis tambien, no es cierto, en esta animosa lucha contra mi madre? Sí, porque ahora ya no podreis dudar de los proyectos de la emperatriz. ¡Ha intentado marchitar en un sólo dia al lirio más casto y más brillante, á mi querida Natalia! Pero el corazon de Pablo está demasiado seguro del tuyo para dejarse arrastrar por la maldad y el engaño. Unámonos ambos contra esa infame tiranía: ¡pero, antes de nada, pensemos en devolver su padre á este infortunado, á quien como á nosotros, persigue Catalina con su venganza! Por lo tanto, Andrés,—continuó Pablo,—es preciso que coadyuveis tambien por vuestra parte; el éxito depende de nuestros esfuerzos reunidos. Desde hoy, conde de Stefanoff, sereis capitan de mis guardias; este es un título que os ligará á mi persona dia y noche... ¡Ah! ese título compromete, lo sé muy bien, —añadió el gran duque sonriendo;—pero, á Dios gracias, no temo aun el veneno, ni el puñal!

Andrés se inclinó, mientras que la gran duquesa daba las gracias á Pablo con una tierna mirada.

—Las fiestas de Pascua duran ocho dias,—prosiguió todavía el hijo de Catalina,—y este tiempo conduce á Petersburgo, ya lo sabeis, una numerosa concurrencia de gente del pueblo y de personas de condicion. Nos aprovecharemos, Andrés, de esa confusion, que puede sernos favorable. Zadowski, mi ayo, tenia, segun recuerdo, por confidente á cierto hombre que le servia ciegamente. Se me ha contado que el tal bribon se ha enriquecido despues y que tiene una especie de casa de huéspedes en la misma ciudad. Iremos á su casa y le interrogaremos... ¡Oh! ¡Y será preciso que hable! Se llama Isaác, me parece: es el depositario de los secretos de Zadowski.

—¡Isaác!—murmuró Andrés,—¿Isaác, el dueño de la taberna de San Nicolás?

—¿Le conoceis, acaso?

—Ayer, al llegar, le he visto por primera vez. Ese hombre tiene una hija que se llama Irma.

—Es posible.

—Isaác,—repetia Andrés, que se habia puesto pensativo,—sí, ese es su nombre, Isaác...

—Por él es muy probable que consigamos saber algun secreto de los que os interesan y que debe saber.

—¡Oh! ¡cuánto diera porque llegase pronto la noche! dijo Andrés.

—Pero,—repuso Pablo,—si el cielo favorece nuestro proyecto, pensad que yo sólo debo obrar en este asunto, Andrés; todo lo que haya de peligroso en tal mision es para mí.

—¡Para vos, monseñor!

—Sin duda; vos sois desconocido, ó más bien, nadie debe conoceros aquí. La taberna de ese viejo es poco segura, segun dicen, á lo ménos. Esta noche á las doce daremos el golpe, y mañana... mañana, Andrés, no será ya el hijo de Gregorio Stefanoff quien solicite una gracia de Catalina, sino Pablo I que dirá á su madre: «Teneis que reparar una injusticia: devolved á ese jóven su padre, devolvédselo, madre mia, y en cambio os entregaré yo esta carta, que estareis seguramente arrepentida de haber escrito. ¡Natalia es pura y yo la amo! ¡Andrés es inocente y sufre!... ¿No les debemos á ambos alguna solemne reparacion?»

—¡Ah, Pablo!—exclamó Natalia con entusiasmo,—sereis un dia emperador; ¡sois digno de un trono!

El gran duque estrechó á su esposa contra su pecho y la colmó de caricias.

—¡Hé ahí los que yo iba tal vez á desunir! pensó Andrés.

Y luego:

—¡Si á lo ménos, en medio de mi desgracia, fuese amado por una mujer así!...

El pobre jóven creyó percibir en este momento que un ligero rubor cubria la frente de Natalia. El entusiasmo de esta fue reemplazado poco á poco por la tristeza y quedó abstraida y ensimismada. ¿Qué pasaba entonces en el corazon de la gran duquesa?

Ninguna voz, ningun ruido, se percibia en aquel instante alrededor del kiosko; Pablo habia abierto la ventana y se apoyaba en ella. De repente se oyó una voz fresca y agil que salia de un bosquecillo. Era de una jóven. Cantaba uno de esos aires eslavos llenos de melancolía y de dulzura que Andrés no habia oido más que en los campos. Separó una cortina y reconoció sin trabajo á Irma que pasó por delante del kiosko con tanta rapidez como la cierva que atraviesa una pradera.

—¡La hija de Isaác! dijo Andrés á Pablo; señalándole la cantora con el dedo.

El gran duque la llamó y la jóven se acercó llena de confusion.

—Vuestro padre, niña,—le preguntó Pablo,—¿no ha servido en otro tiempo al conde Zadowski?

—Sí..... monseñor.... balbuceó la muchacha palideciendo.

—Está bien. Tendreis cuidado de abrir esta noche la puerta de vuestra casa á dos hombres que se pre-

LA CALLERA.—(COSTUMBRES MADRILEÑAS).

sentarán allí á las doce. Que Isaác duerma ó no, les introducireis junto á él inmediatamente.

—Bien, monseñor,—respondió Irma temblando.—¿Debo prevenir á mi padre?

—Es inútil. Necesitamos de toda vuestra discrecion. ¿Lo entendeis?

—Se hará todo segun lo deseais, monseñor.

Pablo volvió á cerrar la ventana y se aproximó á Andrés.

—¡Buenas esperanzas!—le dijo,—y sobre todo mucho valor, mi querido capitan. ¡La Providencia se declara por nosotros!

Bajó luego el primero las escaleras del kiosko y viendo que Andrés vacilaba en ofrecer su brazo á la gran duquesa.

—Andrés,—añadió,—pensad en que podemos muy fácilmente encontrar á la emperatriz. Es preciso que paseis por delante de ella con la cabeza erguida. Que vuestra conducta le deje ver claramente cuán odiosas é injustas han sido sus sospechas. ¡Vamos, capitan, sois el caballero de honor de la gran duquesa Natalia!

Andrés obedeció; pero sintió ó creyó sentir que el brazo de la bella esposa de Pablo I temblaba bajo el suyo.

VII.

ARRIKA.

Mientras que la escena que acabamos de referir tenia lugar, Arrika, viva y alegre, se dirigia al invernadero de palacio, lleno el corazon de una emocion extraña.

—¿Vendrá?—se preguntaba mirando sus pequeños pies húmedos todavía con el rocío del blando césped, —¿ó me habrá olvidado ya? ¡Hay en estas fiestas nocturnas tantas damas bellas y nobles! La emperatriz no puede sospechar nada de esta entrevista. Temí por un momento que me hiciese entrar en las habitaciones interiores terminada la visita de esa vieja condesa Minodora. Pero el aire de la córte comunica, segun dicen, cierto ingenio: le he hablado de la última comedia que ha hecho representar con su nombre en la Ermita. ¡Su amor propio de autor iguala, por lo ménos, á su orgullo de emperatriz! A pesar de todo, no me encuentro tranquila... ¡Me parece que el caballero tarda mucho!

Sumergida en estas reflexiones, la jóven acababa de penetrar en el gran invernadero de palacio, donde su graciosa imágen se vió muy pronto reflejada por mil espejos. Las calles de este jardin encantador respiraban por todas partes un lujo inusitado; los acirates eran de caoba; las flores más raras dejaban caer sus corolas perfumadas en cestillas de oro y plata. Las puertas, los sofás y las mismas sillas de esta sala de las mil y una noches eran de cristal pintado, y el estanque que habia en medio tenia contenidas sus aguas por paredes de ágata y de pórfiro. Difícil seria expresar la mágica impresion que causaba este sitio, verdadero oasis poblado de naranjos y de pájaros de todos los paises. En el seno de estos admirables bosquecillos, de estas rocas, de estas cascadas, cualquiera se hubiera creido en un palacio de hadas. Los árboles de los trópicos esparcian en todas direcciones sus vigorosos vástagos gracias á un calor artificial; las lianas dejaban caer una especie de lluvia tibia... odorífera... Cortinas de muselina, bordadas de oro, hacian de aquel paraje un misterioso retrete refrescado por dulces brisas en verano é inundado en invierno de una luz rosada y divina. Arrika misma, aunque acostumbrada á la magnificencia de aquel lugar, no imprimió esta vez sus huellas en él sino con respeto.

Arrika era verdaderamente una jóven hermosa, una flor que en nada desmerecia á las de este jardin de invierno; tenia esa frescura aterciopelada, tan comun á los diez y seis años, y una fisonomía franca y alegre, aunque algo altiva. Un poeta inspirado por los espléndidos atractivos de este sitio, hubiera comparado los labios de la niña á una granada y el olor de sus cabellos al jazmin.

Arrika estaba vestida con una encantadora sencillez: su traje era blanco, ceñido con un cinturon color de lila. Un largo velo la envolvia.

Al llegar, miró á su alrededor con aire asustado, como el cisne que alarga su cuello por encima de las yerbas flotantes; luego, cuando se aseguró de que estaba sóla, abrió un libro y empezó á recorrer sus hojas. Era una coleccion de cuentos árabes, que en breve llegaron á fastidiarla. Recurrió entonces á un juego de niñas: cortó una margarita y la deshojó con sus afilados dedos. Aun no habia caido al suelo la última perla de este blanco collar, cuando se oyeron unas ligeras pisadas en la calle enarenada que conducia al invernadero.

Arrika reprimió un grito de sorpresa: delante de ella se hallaba el caballero del lazo.

Don Tello no estaba ménos sorprendido que la jóven.

—Vamos,—se dijo este,—la emperatriz no habrá podido venir á la entrevista, y me envia una de sus damas de honor. Por lo que veo, es una compensacion que debo agradecerle.

El portugués, con aire victorioso, se acercó familiarmente á Arrika y le hizo una declaracion á quemaropa, como suele decirse.

—En verdad,—exclamó,—es demasiada fortuna para un gentil-hombre de Braganza como yo, obtener en tan poco tiempo, señorita, lo que la casualidad me ha proporcionado. Ayer, la emperatriz ha tenido la bondad de honrarme con un presente inapreciable; hoy me permite hallarme frente á frente en este delicioso paraiso con una de las jóvenes mas hechiceras de la córte...

—No os comprendo, caballero.—contestó Arrika.—¿Conoceis á la emperatriz?

—Desde ayer solamente; ella misma me ha entregado este lazo.

—No ha sido ella, señor hidalgo, estais equivocado: replicó la jóven llena de turbacion.

—¿Y quién entonces?

—Una persona que por desgracia se ha engañado, —dijo Arrika bajando la vista.—No era á vos sino á otro á quien la emperatriz destinaba ese bordado.

Don Tello fingió una admiracion extraordinaria. Despues, mirando á la jóven, conmovida todavía por el *quid pro quo*, dijo:

(Se continuará.)

R. CAULA.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.
ADMINISTRACION, CALLE DE BAILEN, NÚM. 4.—MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG.